«suelo. Estoy seguro de que en semejantes casos agrada á la bon-
«dad divina el ser ella misma nuestra fundadora, en cuyo caso na-
«da nos faltaria; pero aun cuando esto no sucediese, ¿qué fortuna
«tan grande para la Congregacion seria el empobrecer por auxiliar
«á quien nos ha beneficiado? El Señor se ha dignado ya conce-
«dernos una vez semejante gracia, en la restitucion que hicimos
«á un bienhechor de cuanto nos habia dado; y siempre que de
«esto me acuerdo, no puedo esplicar el gozo que siento."

Habiendo tenido noticia de la necesidad en que se hallaba un bienhechor de la Congregacion, sin mas impulso que el de su agradecimiento, le escribió una carta llena de cordial afecto, en que le decia: «Puede vuesa merced valerse de los bienes de la Congrega-
«cion como de cosa propia: estamos prontos á vender por servir-
«la cuanto tenemos, hasta los cálices; pues en esto haremos lo que
«prescriben los cánones sagrados, dando á nuestro bienhechor
«en su necesidad lo que él nos dió en su abundancia; y no escri-
«bo esto, señor mio, por ceremonia, sino como lo siento delante
«de Dios y en lo íntimo de mi corazon."

A otros dos bienhechores de la Congregacion que el siervo de Dios supo que padecian necesidad, les ofreció para su remedio, á uno doscientos doblones, y á otro trescientos. Reconocieron el ánimo agradecido de Vicente, y quedaron admirados de su fiel correspondencia, aunque no quisieron admitir la ofrenda.

Escribióle un fundador de una de sus casas que tenia gran dificultad, no solo en poder dar la renta á que se habia obligado por un instrumento público, sino tambien en poder satisfacer los réditos de ella, como lo habia hecho hasta entonces; la respuesta tierna de Vicente fué esta: «Justo es, señor, que seais el primero
«en gozar de vuestros bienes, y por esto la Congregacion mas que
«voluntariamente os deja todo, dándoos humildísimas y rendidas
«gracias por la buena voluntad que le habeis manifestado."

Para curarse el siervo de Dios de una caida que habia dado del caballo en un arroyo, le fué preciso hospedarse en la casa de un labrador, quien lo recibió con grande manifestacion de contento; pero esperimentó bien la agradecida condicion de este santo varon, pues no solo le socorrió con una buena limosna, sino que habiéndole dicho el labrador que padecia una enfermedad, le prometió Vicente mandarle una medicina que sabia era á propósito

para ella. Y es cosa digna de notar que habiendo empleado en aquel viage tres ó cuatro meses, y vuelto á su casa rodeado de graves ocupaciones, no se olvidó de su bienhechor, pues luego que llegó mandó buscar el medicamento, y no encontrando persona con quien enviarlo, se valió de una señora de gran calidad, de quien era vasallo aquel labrador, pidiéndole se sirviese hacer que llegase á sus manos luego que hubiera oportuna ocasion.

A otra persona pobre que en el tiempo de una peste habia asistido á dos de los suyos atacados de ella, en memoria de este servicio le suministró lo necesario para su sustento por espacio de treinta años, pagándole tambien el arrendamiento de la casa en donde vivia y socorriéndola con liberalidad en cualquier necesidad que tenia.

Era finalmente tan fina su correspondencia á sus bienhechores, que siempre hablaba de los beneficios que recibia de ellos, elogiaba su piedad, y los encomendaba continuamente á Dios, y manifestaba con particular afecto que su mayor contento en esto era vivir esclavo del que lo beneficiaba.

Pudiéramos añadir á estas virtudes la de la modestia, que veneraban en él cuantos le conocieron: la de longanimidad en medio de los mayores trabajos; la constancia y firmeza en las empresas qne comenzaba; pero ya de esto se han dado algunas ideas en los capítulos de su vida, y ahora vamos á tratar de otra materia en que se verán resplandecer las virtudes de Vicente en las personas que, como claros espejos, supieron reflejar el ejempo de tan grande maestro.

CAPITULO XXI.

De algunas personas que con la direccion y consejos de Vicente aprovecharon grandemente en la vida espiritual.

Estampó Vicente sus virtudes en muchos de sus hijos espirituales tan vivamente, que si no le imitaron con perfecta semejanza, lograron llegar á parecérsele mucho, y recordar con su vida las grandes virtudes de su santo director. Brevemente daremos aquí

noticia de las personas que mas bebieron las aguas de la doctrina pura en aquella fuente cristalina de su maestro.

MARÍA DE VIGNEROD.

En primer lugar colocaremos á la Venerable Señora María de Vignerod, duquesa de Aiguillon. Fué esta escelentísima muger sobrina del cardenal de Richelieu, y casó con el Sr. de Comballer, sobrino del condestable de Luines. A poco tiempo de casada, murió su marido en el sitio de Montpellier, y habiendo quedado viuda en la flor de su edad, rica, hermosa y pretendida de personas principales, resolvió despreciar todo lo terreno, y dedicarse esclusivamente á amar á un esposo que le ofrecia por recompensa el reino eterno. Con este fin pasó al convento de Carmelitas descalzas, en donde vivió algunos dias deseando seguir aquel angélico instituto; mas por su delicada complexion y por obedecer á los que aun la podian mandar, no llegó á verificar su entrada en el convento. Volvió pues al siglo, no á disfrutar los engañosos placeres que presenta, sino á consagrarse al servicio de Dios y de los prójimos: así es que, olvidándose de su grandeza, se hizo pobre y madre de los pobres, refugio de los afligidos, y abogada y defensora de los desamparados, empleando en favor de ellos todo su valimiento para con el rey y el cardenal su tio. Informábase con particular diligencia de las necesidades que padecian las personas calificadas de pobres vergonzantes, á quienes gustosamente socorria con mano franca. Visitaba en persona á los encarcelados, y les daba abundantes limosnas; oia sus quejas, recibia sus memoriales y los presentaba á sus jueces, y aun al rey si era necesario. Los hospitales eran sus casas de recreo: asistia con mas frecuencia al principal que llaman Hôtel-Dieu, en donde servia de alivio y consuelo á los enfermos, para cuyo regalo señaló una renta competente, contribuyendo tambien en gran parte al perpetuo mantenimiento de un número de sacerdotes que cuidasen de la salud de sus almas y les diesen una asistencia espiritual. Semejante caridad tuvo con los galeotes, á quienes, ademas de asistirlos corporalmente en sus necesidades, les procuró algunos sacerdotes para que les administrasen los sacramentos; y

sabiendo por nuestro Vicente el desamparo en que esos infelices vivian en el puerto de Marsella cuando llegaban á caer enfermos, cooperó eficazmente á la fundacion del hospital que se hizo allí, dando gruesas cantidades de dinero para que ellos solos disfrutasen el beneficio de estas casas de caridad. La duquesa fué quien con mas zelo abrazó el proyecto de recoger á todos los pobres vagabundos de Paris en un hospital que se fundó con este objeto. Durante las guerras civiles gastó mucho dinero en socorrer las necesidades de provincias enteras; y en un año solo repartió diez mil liras[1] entre los pobres de sus estados. Pocos paises hubo en Francia que no esperimentasen los efectos de la piedad de esta señora; pero la Lorena fué la mas especialmente socorrida, pues por ella se vieron las doncellas defendidas de los riesgos que corria su honor, los nobles y plebeyos socorridos, los sacerdotes y religiosos y los monasterios de vírgenes restituidos á su observancia y conservados en la pureza de sus votos.

Caridad tan encendida no se limitó á los confines de Francia; las cuatro partes del mundo dan testimonio de esta verdad. En Africa hizo una fundacion de mil escudos[2] de renta anual para socorrer las necesidades de los cautivos de Argel y Túnez, y mantener algunos sacerdotes de la Mision encargados de la asistencia espiritual de aquellos infelices que á cada momento encuentran grandes peligros de perder la vida eterna. Igual cantidad dió para la fundacion del famoso hospital de Quebec en la América Setentrional: al Asia envió tambien gruesas cantidades para que se asistiese á los cristianos de Cochinchina, Tonquino, China y Japon, recien convertidos á nuestra fe. En cierta ocasion, no teniendo dinero efectivo y habiendo oportuna embarcacion para tan distantes regiones, vendió una joya que se apreció en mil escudos,[3] y los envió en la nave que ya iba á darse á la vela; y tan á buen tiempo llegaron, que parecia que habia previsto la necesidad en que se hallaba aquel tierno rebaño de Cristo. La Europa presenció el esmero que nuestra duquesa tuvo y los muchos gastos que erogó en curar á los soldados cristianos que salian heridos en las guerras de Candía.

1 Hacen 2000 pesos.
2 Hacen 600 pesos.
3 Hacen 600 pesos.